



## Recensión: Darwin, FitzRoy y “ese oscuro ser de tiniebla”

El llamado *año Darwin*, este 2009 que ya ha atravesado su propio ecuador, ha llenado las librerías españolas de los textos originales del gran pensador y naturalista inglés. El origen de las especies está disponible ahora en cuidadas ediciones de Espasa-Calpe, Alianza Editorial y Ediciones del Aguazul, mientras que el *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo* vuelve a nuestras manos publicado por Espasa-Calpe. Además de estos textos canónicos, también han reaparecido en los últimos meses las memorias del puño y letra del propio Darwin, esta vez sin censura alguna (Laetoli Ediciones).

Sin embargo, para el autor de estas líneas, una de las grandes sorpresas del tributo editorial español a la memoria de Darwin ha sido la aparición en formato de bolsillo de la novela *Hacia los confines del mundo* (Quinteto), que fuera originalmente publicada en español por la editorial Salamandra y uno de cuyos temas narrativos es la génesis de la teoría evolutiva a bordo de *HMS Beagle*. Aunque el argumento presta una especial atención al segundo de los viajes del bergantín, es decir, aquel en el que participó Charles Darwin, son muchas más las aventuras narradas en el volumen. El autor de la novela, Harry Thompson, desarrolla una ficción histórica que, por su sensibilidad y detalle, no sólo no desmerece, sino que en cierto modo incluso explica, los hechos reales la inspiran. Es precisamente por esta razón, por el valor divulgativo que el texto tiene sobre algunas de las raíces del pensamiento darwiniano y el análisis de la influencia que algunas personas ejercieron en la obra del naturalista, por lo que sin duda merece ser leído.

Con *Hacia los confines del mundo*, Harry Thompson fue finalista del prestigioso premio Booker en el año 2005, un galardón que han recibido muchos grandes nombres de las letras anglosajonas como Ian McEwan, Margaret Atwood, Kazuo Ishiguro, John M. Coetzee o John Banville. Thompson no era por aquel entonces nada parecido a una figura consagrada de la literatura británica. De hecho, esta novela fue la primera que escribió y, desafortunadamente, también la última, ya que en Noviembre de 2005 murió de cáncer de pulmón. ¿De dónde provenía entonces el interés de Thompson por la aventura darwiniana del pensamiento? Aparentemente dicho interés era casual; el autor era uno de los productores de comedia más prestigioso de la BBC, con lo que no era fácil presagiar que de su conocido sentido del humor pudiera destilarse una novela tan seria como *Hacia los confines del mundo*.

Sin duda, el gran éxito de Thompson es recuperar a Robert FitzRoy, capitán del *Beagle*, como figura de proyección literaria, recreando una tensión dialéctica que, si damos crédito al propio Darwin, tuvo una gran influencia en el desarrollo temprano de su teoría sobre el origen de las especies. Ha querido la historia que FitzRoy permanezca asociado a la aventura darwiniana como el contrapunto dogmático y por extensión poco ilustrado que incita al joven Darwin a rebelarse contra pensamientos alejados de lo racional y profundamente comprometidos con los dogmas cristianos. Estas circunstancias lo obligaron a superarse en el esfuerzo continuo de una actividad intelectual que desafiaba de forma constante sus creencias religiosas. Pero el joven FitzRoy de Thompson, que será una sorpresa para muchos lectores, es quizá un reflejo mucho más fidedigno del auténtico comandante del *Beagle* que esa otra imagen de beato furioso y desequilibrado -un conocido mote de FitzRoy era el de “café caliente”- que nos han legado lecturas parciales y maniqueas.

Robert FitzRoy (1805-1865) provenía de una de las familias nobles más respetadas de Gran Bretaña. Entre sus tíos paternos se encontraba el tercer Duque de Grafton (descendiente en línea directa de Carlos II de Inglaterra) y un Almirante de la marina de Su Majestad, mientras que por vía materna FitzRoy era sobrino de Lord Londonderry, uno de los líderes del partido conservador (*tory*) y del mismísimo Lord Castlereagh, reformador y político que unificó los Reinos de Gran Bretaña e Irlanda y que defendió los intereses británicos en el Congreso de Viena tras las guerras napoleónicas. FitzRoy creció en un ambiente familiar en el que el servicio activo en defensa de los intereses de la patria era una cuestión de honor. Algunos podrán pensar que todo esto no es más que una anécdota genealógica, pero Robert FitzRoy fue un estudiante brillante en el Colegio Real de la Marina de Portsmouth, donde obtuvo el cargo de teniente con las legendarias calificaciones de “*full numbers*”, es decir un acierto completo sobre el total de las preguntas del examen o, como decimos nosotros, un diez redondo. FitzRoy tenía sobrados méritos propios y ello le permitió lograr la confianza del Almirantazgo por razones ajenas a la influencia



de su familia. Era un hombre muy leído, generalmente interesado en las ciencias, con grandes aptitudes para las matemáticas y unas dotes de observación sobresalientes. Como capitán de navío de la Armada Británica, desarrolló un interés profesional y personal por los fenómenos atmosféricos -FitzRoy diseñó varios barómetros- y más tarde fue el creador de los boletines meteorológicos y un firme defensor de la idea de que los cambios atmosféricos podían ser predichos. A su pericia como capitán de navío y su empeño personal (que acabó dejándolo completamente arruinado), se debe en buena medida el éxito de la segunda expedición del *Beagle*, cuya misión principal era revisar y continuar la cartografía conocida de Tierra del Fuego.

A muchos de los que han llegado a leer hasta aquí les parecerá que la novela de Thompson no pretende más que dar una lectura alternativa, también parcial, de la epopeya del *Beagle*. En cierto modo pudiera parecer que *Hacia los confines del mundo* trata de desmitificar la leyenda del propio Darwin, sumándose a ese excitante deporte de la modernidad occidental que consiste en masacrar con críticas irrelevantes y argumentos *ad hoc* el pensamiento darwiniano justo cuando lo que procede es reconocer sus méritos. La realidad es que Darwin es bien tratado en la novela de Thompson, aunque sin ocultar parte de las aristas de su carácter y pensamiento, más evidentes en su juventud que en su vejez consagrada. Aún así es también evidente desde el principio que es FitzRoy quien interesa al autor. En la novela, la moral intachable de FitzRoy va de la mano de unas creencias religiosas honestas y generosas no siempre habituales en su época y menos aun, en gente de su clase social. Estas ideas son confrontadas, de forma brillante, con la moral pragmática, más utilitarista y cargada de egoísmo de la alta burguesía industrial británica de la que procedía el liberal Darwin. Éste, durante su primera etapa en el *Beagle*, era todavía un creyente convencido y no muy aficionado a la especulación teológica -quería ordenarse Pastor anglicano.



El libro de Thompson pretende ser ecuánime al poner de manifiesto que no todo el pensamiento en el orden social de Charles Darwin era aceptable, como tampoco lo eran algunas consideraciones sobre “el estado natural de las cosas” que jugaron su papel en el desarrollo de la teoría de la evolución. FitzRoy parece haber sido un firme defensor de la idea de que todos los hombres fueron hechos iguales (por Dios, claro), lo que desacreditaba a sus ojos el maltrato o exterminio de nativos, prácticas muy habituales en el planeta por aquel entonces. Thompson aprovecha esta circunstancia para dudar de forma crítica acerca de ciertas historias la defensa de la esclavitud por parte de FitzRoy (motivo de la célebre disputa con Darwin en las costas brasileñas de Bahía que casi les cuesta la amistad en 1831; el asunto, analizado con algo de detalle, revela un origen político en la discusión y no uno moral). Esta misma defensa de la actitud pro-indigenista de FitzRoy queda avalada por su protección de la población nativa frente a los intentos de los colonos por exterminarlos mientras fue Gobernador de Nueva Zelanda. En una entrevista concedida poco antes de su muerte (*The Observer*, 15 junio de 2005), Thompson sostuvo que: “... FitzRoy era un cristiano conservador que se batió para demostrar que negros y blancos eran iguales. Darwin era un liberal que creía en la función social de las Casas de trabajo (lugares donde los británicos pobres podían obtener alimento a cambio de trabajar de sol a sol en un estado de esclavitud práctica) y se horrorizaba con facilidad ante rostros no blancos. Debido a la admiración que se tiene por Darwin, hay una especie de conspiración con el fin de no asociarle puntos de vista racistas. Lo vemos como la amable figura de blanca barba que nos liberó de los grilletos de la ignorancia. Pues bien, Darwin era un fabuloso racista y no, no todo el mundo en su época era como él”.

Una de las principales tesis de Harry Thompson en su novela es que ese capitán FitzRoy de apenas treinta años, aquel que a bordo del *Beagle* pudo realmente influir en Darwin y su pensamiento, está todavía muy lejos del avejentado Vice-almirante que protestará feroz en contra de las teorías darwinianas en la década de 1860, llegando incluso a sentirse culpable por su participación en la “herejía” de la teo-

ría evolutiva. El capitán del *Beagle* de los primeros años de la década de 1830 es un ávido lector de los Principios de Geología de Chales Lyell, obra con un impacto capital en el concepto darwiniano de la aparición gradual de las especies. Fue FitzRoy la primera persona en presentar a Darwin la obra del geólogo inglés, quizá el texto más importante de cuantos Darwin leyó durante la gestación de la teoría evolutiva. FitzRoy era, en cierto modo, el oponente formidable que Darwin necesitaba para el desarrollo razonado de sus teorías, que como todo el mundo sabe cristalizaron poco a poco, como esos cambios geológicos que tanto le interesaban.

El duelo racional entre FitzRoy y Darwin es sólo una de las dos grandes lizas descritas en la novela de Harry Thompson. La segunda de estas confrontaciones es mucho más oscura y personal y da nombre a la novela, cuyo título en su primera edición inglesa era *This thing of darkness* (Este ser de tiniebla). Aparentemente, los editores británicos (como luego los españoles) pensaron que el título original, una cita de *La Tempestad* de William Shakespeare, evocaba más una de esas novelas de vampiros quinceañeros tan en boga hoy en día que un relato histórico de gran calado. Desafortunadamente, al cambiar el título, se minimiza el énfasis que Harry Thompson hace sobre la batalla interna entre la actividad racional de FitzRoy y sus creencias religiosas. Sus conocidos arrebatos de euforia y arranques de furia sugieren también que sufría desde joven algún tipo de desequilibrio psicológico, quizá un trastorno bipolar, que se iría agudizando con la edad conforme su fortuna, su carrera profesional y su vida personal iban sufriendo un revés tras otro. FitzRoy era hijo de esa generación de la clase alta británica que negaba la primacía de la razón sobre el acto de fe. Los aires franceses de la ilustración y la revolución eran entonces anatemas para el británico biempensante de finales del s. XIX, en el cual se había plantado la semilla de la razón sin que el amor al orden social y también al divino -¿O eran entonces la misma cosa?- pudieran permitirse el lujo de dejarla germinar. Ese tenso duelo personal, capaz de alterar el equilibrio de muchos, fue el principio del fin para FitzRoy, que acabaría suicidándose un 30 de abril 1865 con una afilada navaja de afeitar, cortándose el cuello, como hiciera 43 años antes Castlereagh, su propio tío.

Decía el poeta francés Paul Valéry que hay días para los conjuntos y días para los detalles. La ficción novelesca, ocasionalmente, puede obrar el milagro menor de aunar una visión amplia, con perspectiva y una más cercana a la anécdota. El autor de *Hacia los confines del mundo* rescata en su escritura sucesos curiosos que forman parte de la infrahistoria de las expediciones del *Beagle*. Muchos de ellos, como el caso del supuesto secuestro y educación de esos indios de Tierra del Fuego que acabarían tomando el té con el Rey de Inglaterra, la participación del *Beagle* en la defensa de Montevideo durante un intento de golpe de estado o el encuentro de Darwin con el General Juan Manuel de Rosas, el sanguinario líder federalista padre del estado argentino son, en sí mismos, argumentos para otras novelas. Thompson encuadra el viaje del *Beagle* en la tradición de las grandes exploraciones románticas, como la de Alexander von Humboldt por el continente Sudamericano, la antártica de Bellingshausen, aquellas otras lideradas por Dumont d'Urville en el Pacífico, las dramáticas incursiones de Scott en el Polo Norte y las no menos famosas expediciones de Livingstone, Stanley, Burton y Speke a la búsqueda de las fuentes de los grandes ríos africanos. Todas estos viajes, esforzados y heroicos la mayor parte de las veces, no fueron siempre desinteresados, aunque en todos ellos latía, de una u otra forma, la ambición del conocimiento. ¿A quién gustará *Hacia los confines del mundo*? A aquellos que leyeron los diarios de la expedición del *Beagle* y quieran recordarlos en palabras de otros; a los que todavía no se atreven con textos originales de Darwin y precisen de un estímulo para hacerlo; a todos los que conocen la figura del naturalista inglés y quieran verlo desde un punto de vista distinto; a los que intriga la figura del capitán FitzRoy; a los que disfrutaron con esos momentos de la película *Master and Commander* en los que se recogen especímenes animales y vegetales en un ambiente de admiración por la naturaleza y no tanto con aquellos otros dedicados a los cañonazos; a aquellos que han leído *En la Patagonia* de Bruce Chatwin; a los que aman los paisajes desolados, las grandes selvas, las tormentas marítimas, las playas llenas de pecios, focas y esqueletos de cetáceos; a los que fascinan los quelonios gigantes y centenarios, los restos fósiles y los pinzones con un secreto escrito en el pico. Y a los que les gusta pensar.

**José María Pérez Pomares**

Profesor de Biología Animal

Facultad de Ciencias

Universidad de Málaga

[jmperezp@uma.es](mailto:jmperezp@uma.es)